

6) “No he venido a hacer mi voluntad”

La insistencia o, mejor, la concentración de san Benito sobre la obediencia como vuelta del hombre a su naturaleza a imagen y semejanza de Dios, deriva del hecho de que el hombre es la imagen de Dios sobre todo en cuanto está dotado de voluntad, más concretamente, dotado de la capacidad de amar, porque Dios es amor y el hombre no vive su naturaleza de imagen de Dios si su voluntad no se adhiere a la voluntad de amar de Dios.

Este aspecto está claro en la Regla por los pasajes en los que vuelve al tema de la imitación de Dios. Como he dicho anteriormente, no aparece el término *imago* en la Regla, pero se encuentra el verbo *imitari*, imitar, que deriva de la misma raíz indoeuropea *im-*, que también es la raíz de *imago*.

El verbo “imitar” aparece 4 veces en la Regla. Cito estos pasajes, porque son iluminadores con respecto a nuestro tema de la imagen de Dios.

El primero aparece en el capítulo 5 sobre la obediencia, donde Benito habla de aquellos que “perseveran en el monasterio y desean que les presida un abad” (5,12). “ Sin duda – añade seguidamente – estos imitan aquella sentencia del Señor que dice: «no he venido a hacer mi voluntad, sino la de aquél que me ha enviado»” (5,13; Jn 6,38).

El segundo se encuentra en el capítulo 7 sobre la humildad, donde san Benito pone en relación la imitación con esta cita del Evangelio de Juan: “El segundo grado de humildad es que el monje, al no amar su propia voluntad, no se complace en satisfacer sus deseos, sino que cumple con sus obras aquellas palabras del Señor: «No he venido para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado” (RB 7,31-32).

El tercer uso del verbo imitar viene a continuación: “El tercer grado de humildad es que el monje se someta al superior con toda obediencia por amor a Dios, imitando al Señor, de quien dice el Apóstol: «Se hizo obediente hasta la muerte»” (RB 7,34).

Finalmente, el verbo imitar se encuentra aún en el capítulo 27, sobre la solicitud del abad con los excomulgados: “ Imite también el ejemplo de ternura que da el buen pastor, quien, dejando en los montes las noventa y nueve ovejas, se va en busca de una sola que se había extraviado; cuyo abatimiento le dio tanta lástima, que llegó a colocarla sobre sus sagrados hombros y llevarla así consigo otra vez al rebaño” (RB 27,8-9).

Estos pasajes de la Regla, aunque no son muy numerosos, son una importante aclaración sobre lo que significa para san Benito recuperar la imagen de Dios en nosotros.

En primer lugar, fijémonos que se trata siempre de imitar a Cristo, y a Cristo esencialmente en dos actitudes: la obediencia y la misericordia.

La obediencia de Cristo es su obediencia al Padre que lo envía al mundo para salvar a los hombres. Podemos decir que Jesús obedece al Padre en su amor por el hombre, y lo hace hasta la muerte, culmen de la manifestación de la obediencia y al mismo tiempo del amor de Jesús. Cristo obedece por amor, y para amar hasta en fondo a la humanidad perdida.

La imagen del buen Pastor es por lo tanto parecida: una imagen parlante del amor obediente de Jesús hacia el hombre pecador que nos permite imitarlo mejor.

Pero lo que me parece especialmente importante en estos pasajes de la Regla sobre la imitación de Cristo es el hecho de que son al mismo tiempo cristológicos y trinitarios. Se trata de la obediencia salvífica y misericordiosa de Jesús, pero es una obediencia al Padre. Imitando así a Cristo, alcanzamos nuestra imagen y semejanza trinitaria, mediante la gracia del Espíritu.

Esto nos lleva a la primera palabra pronunciada por Dios al crear al hombre, la palabra de la que hemos partido: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gén 1,26).

¿Quién habla aquí? Dios, naturalmente. Es, como han revelado los padres, el Dios trinitario que habla en plural. Pero podremos plantearnos una pregunta aparentemente banal pero que no lo es tanto, o sea: ¿el Dios que habla, o que habla el primero, es el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo? ¿Quién es el primero en decir “Hagamos”?

Indudablemente, en la dimensión de la eternidad, las Personas de la Trinidad forman una perfecta y total sincronía. Pero Cristo nos ha revelado que las relaciones trinitarias de las Personas divinas están determinadas por la identidad de cada una de ellas. El Padre es padre, el Hijo es hijo, el Espíritu es espíritu de Amor.

Quien “gobierna” la perfecta unidad de la Trinidad es el Padre, y esto hace que el Hijo se ponga eternamente en una actitud de obediencia de amor hacia el Padre, así como el Espíritu se pone en una actitud de obediencia amante del amor entre el Padre y el Hijo. Inútil insistir, jamás entenderemos estos misterios.

Pero cuando Dios dice “Hagamos” para crear al hombre, debemos imaginar que este “Hagamos” parte de la voluntad del Padre, pero también que no hay ninguna diferencia entre esta palabra pronunciada por el Padre y el eco de amor y de obediencia con la que el Hijo y el Espíritu se unen al Padre para decir ellos también “Hagamos”.

Si fuese un compositor, creo que pasaría toda mi vida en componer una música donde tres voces cantasen “Hagamos”, una después de la otra, y también juntas, y sobre tres notas, y también sobre la misma, con tres melodías, y también con la misma, y lo que no debería durar más que una milésima de segundo, sería un fragmento muy hermoso de escuchar, pero del que no se escucharía más que el silencio... No sé si me explico. Quizá Arvo Pärt es el compositor que más se aproxima a este fragmento de música imposible para el hombre, pero posible para Dios.

Por lo tanto, es este “Hagamos” el que hace al hombre, y es en este “Hagamos” en el que se encierra y expresa la imagen de Dios inscrita en nosotros. Cuando Benito nos invita a imitar a Cristo en el momento de decirnos: “No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado”, es como se nos llevase a ponernos en concordancia mediante la obediencia con esta sinfonía trinitaria que nos crea a imagen de la obediencia inmediata y eterna de amor que vive en el Dios tres veces santo.

En el fondo, deberíamos vivir en cada instante la escucha de este Acorde sinfónico trinitario que nos crea y que se imprime en nosotros. Creo que toda la Regla no traza más que el recorrido de esta escucha, con el fin de que este Acorde trinitario, que dice “Hagamos” al hacernos, pueda volver a convertirse en la Fuente consciente de nuestra vida; para que este Acorde trinitario pueda de verdad recrearnos en cada instante, en cada circunstancia y relación de nuestra humanidad. Tendremos que profundizar lo que significa todo esto. Lo que es cierto es que esta es la santidad a la que estamos llamados y destinados; para volver al esplendor de esta imagen de Dios en nosotros es para lo que el Hijo se ha hecho Pastor obediente hasta la muerte, para volver a conducir a la casa del Padre la oveja perdida que somos nosotros.

Es en este sentido en el que debemos, creo, entender también el significado del gesto de levantarse cuando se canta el *Gloria Patri*, “por el honor y la reverencia debidos a la Trinidad” (RB 9,7). Levantarse (fijémonos, haciendo un inciso, que Benito no dice “inclinarse”) es un gesto con el que un hombre no expresa solo su respeto por quien está ante él. Levantarse expresa también un “¡Aquí estoy!” de disponibilidad y de servicio. Ante la Trinidad, el hombre que se levanta expresa así su disponibilidad a la voluntad y a la acción de la Trinidad en él, y esta voluntad y acción se encuentran expresadas en el “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Cuando nos levantamos como reverencia a la Trinidad, es como si dijésemos: “Aquí estoy, soy Tu imagen y Tu semejanza. Que todo suceda en mí según Tu Palabra amorosa y creadora: «¡hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza!»”.